

sobre la península su mejor ejército y un mejor general, es decir, él en persona, y ante esta idea la Inglaterra toda temblaba de susto por lord Wellingtón y el ejército que tenía bajo su mando.

En este acrecentamiento de zozobra, originado de la paz con Austria, el público inglés atormentaba al gabinete y el gabinete atormentaba á lord Wellingtón con la expresión de continuos terrores. Se le suplicaba que fuera prudente, y lejos de prodigarle recursos en proporción del peligro, se le escatimaban algún tanto, por miedo de alentarle demasiado á permanecer en la península. Lord Wellingtón sentía sobre manera estas contradicciones, porque las almas templadas para superar los grandes peligros no tienen á menudo insensibilidad más que por de fuera: se dominan sin que experimenten menos que los demás las angustias de las situaciones dificultosas. Sufrió el intrépido general mucho, pero aún no era bastante poderoso para atreverse á manifestar lo que sentía, ya al gabinete, ya al parlamento de la Gran Bretaña. Aguantaba á sus enemigos y respondía con circunspección á sus jefes, aunque á menudo estuviera tentado á obrar de otro modo. Con una penetración rara juzgó la marcha de las cosas de la península mejor que Napoleón mismo, no porque le igualara en talento ni con mucho, sino porque las juzgaba sobre el terreno, y no le extraviaban las ilusiones que Napoleón, ya empujado en mala vía, se forjaba á su antojo. Había avalorado la fuerza de resistencia que los odios nacionales, el clima y las distancias oponían á los franceses, el agotamiento de sus fuerzas cuando llegaban al fondo de la península, el desbarajuste de sus operaciones bajo la dirección de generales divididos, la inverosimilitud de la llegada de Napoleón á un teatro de guerra tan lejano, y por último, el desacuerdo con José; desacuerdo que probaba á las claras que el sistema excesivo de Napoleón comenzaba á sobrepasar hasta el celo de sus mismos hermanos, y de resultas abrigaba el íntimo é irresistible convencimiento de que aquel inmenso aparato de grandeza estaba minado por todas partes; de que sin duda Napoleón podría ocupar la mayor parte de la península, bien que no conquistando nunca ciertos puntos extremos, como Cádiz, Gibraltar, Lisboa, protegidos por la distancia y por el mar; de que si desde estos puntos extremos continuaba Inglaterra excitando y sosteniendo con auxilios el odio de portugueses y españoles, veríase renacer de continuo aquella lucha que agotaba las fuerzas del imperio; de que tarde ó temprano se rebelaría Europa contra el yugo de Napoleón, y de que éste no podría ya oponerla más que ejércitos medio destruídos por una guerra interminable y atroz. Tal opinión, que honra en el más alto grado el juicio militar y político de lord Wellingtón, vino á ser una idea invariable en su mente y perseveraba en ella con una seguridad de talento y una tenacidad de carácter muy dignas de ser admiradas (1). Pero en este plan de conducta dependía todo de la resistencia que se pudiera oponer á los franceses, cuando hubiera que replegarse, como era de esperar, á las extremidades de la península;

(1) Perfectamente conocido es el pensamiento de lord Wellingtón respecto de la guerra de la península desde la publicación de su correspondencia. En todas sus páginas se halla consignado y honra sobre manera su sagacidad y la solidez de su talento.

(N. del A.)

y así lord Wellingtón había buscado con atención suma y descubierto con singular golpe de vista una posición casi inexpugnable, desde donde se lisonjeaba de desafiar todos los esfuerzos de los ejércitos franceses. Esta posición, que él hizo inmortal, era la de Torres-Vedras, cerca de Lisboa. Con efecto, entre el Tajo y el mar se había fijado en una península de doce á quince leguas de longitud y seis ó siete de anchura, fácil de interceptar con una línea de obras casi invencible, y detrás de la cual estarían fuera de alcance la capital de Lisboa, su gran rada, la escuadra de embarque y los viveres y municiones de las tropas. Una vez elegida posición semejante, por sí mismo trazó en grande á sus ingenieros el plan de las obras que habían de ser levantadas, dejándoles el cuidado de los detalles. No habiendo revelado su plan á nadie, no teniendo que temer la publicidad de los periódicos de Lisboa, á la sazón nula, había reunido, sin que se supiera en Europa, muchos miles de paisanos portugueses, que se ganaban la vida construyendo bajo la dirección de ingenieros ingleses las famosas líneas de Torres-Vedras. Apenas se sabía en el ejército inglés tampoco, y se confundían estos trabajos con algunas obras defensivas que era natural que se abriesen en torno de Lisboa. Más de seiscientos bocas de fuego portuguesas é inglesas se preparaban para armar los numerosos reductos que se levantaban por entre la península del Tajo.

Después trató lord Wellingtón de adaptar sus fuerzas á este plan tan profundamente combinado. Por el año de 1810 el ejército inglés que servía inmediatamente bajo sus órdenes se elevaba á más de treinta mil hombres; además había algunos miles de soldados ingleses de guarnición en Gibraltar unos y en Cádiz otros. Casi todos los treinta mil soldados que tenía lord Wellingtón bajo su mando inmediato, se hallaban presentes y sobre las armas, gracias á su llegada por mar, á la lentitud de sus movimientos, á la abundancia de que gozaban, y últimamente, á la madurez de su edad, pues la mayor parte eran veteranos que habían hecho la guerra en Flandes, Egipto, Dinamarca y España. Pero con la organización del ejército portugués había dado lord Wellingtón singular extensión á sus fuerzas, siendo el mariscal Beresford quien tuvo esta organización á cargo. Primeramente se le dieron muchos oficiales ingleses, después un material considerable y fondos para el sueldo que bajo la forma de un subsidio á Portugal facilitaba la Gran Bretaña. Respirando odio el soldado portugués contra los franceses, sobrio, ágil, valiente, y equipado además, alimentado é instruído cual los mismos ingleses, casi les igualaba cuando se batía al lado de ellos, y valía más que el soldado español en todos los casos, no por ser mejor por naturaleza, sino por superarle incomparablemente en la disciplina. Pagado el ejército portugués para constar de treinta mil hombres, sólo tenía en realidad veinte mil efectivos; se le agregó una milicia bien equipada y en estado de prestar muy buenos servicios, por introducirse en sus filas los oficiales portugueses, cuyo puesto habían ocupado en la tropa de línea los de Inglaterra, y no ascendía á menos de treinta mil hombres: finalmente, un alzamiento en masa, provocado por los hidalgos en las provincias invadidas, animado de pasiones furiosas, era el postrer recurso de que se podía sacar partido, soltándole á la espalda de los fran-

ceses. De consiguiente, sin enumerar el alzamiento en masa, lord Wellingtón tenía á su disposición como ochenta mil hombres, ingleses ó portugueses, soldados regulares ó milicianos, de los cuales cincuenta mil por lo menos eran muy capaces de batirse en una posición defensiva. Siete ú ocho mil mulas españolas bien pagadas acarreaban detrás cuanto le hacía falta. Estas fuerzas costaban á Inglaterra no menos de 150 millones de francos al año, que se pueden calcular en 300 de nuestros días.

Compuesto el gobierno portugués de un regente refugiado en el Brasil y de una regencia colectiva residente en Lisboa, subvencionado por la Inglaterra, no viviendo más que por su amparo, contrariaba á menudo á lord Wellingtón, bien que se sometía al punto en que éste fruncía su temible entrecejo. Lord Wellingtón era, pues, dueño de aquella parte de la península y podía allí hacer la guerra según mejor le pareciere. A los españoles daba consejos que no seguían y así no los contaba más que como uno de los obstáculos naturales opuestos por el suelo de la península á los franceses, y dirigía sus operaciones independientemente de toda concurrencia de su parte.

Tan luego como los franceses invadieron la Andalucía, apresuró lord Wellingtón á evacuar la Extremadura, no queriendo verse comprometido en operaciones comunes con los españoles, y retiróse á Portugal, con el anhelo de dedicarse exclusivamente á la defensa de este país, de cuyo modo ajustaba plenamente su conducta al texto de sus instrucciones y satisfacía por completo sus miras, importando poco que los ingleses estuviesen en España ó en Portugal, pues bastaba su presencia en un punto cualquiera de la península para sostener las esperanzas de los *insurgentes* y perpetuar allí la guerra. Con el pensamiento de limitarse ahora á la defensa de Portugal, tomó la posición más adecuada al designio que se propuso.

Los franceses podían invadir á Portugal por el Norte, desembocando de Galicia sobre Oporto, ó por el Este, trasladándose desde Salamanca á Coímbra, ó por el Mediodía dirigiéndose desde Badajoz á Elvas, para penetrar por el Alentejo. Su allegamiento de fuerzas en rededor de Salamanca, muy cerca de Ciudad Rodrigo, inducía á discurrir que este punto iba á ser su base de operaciones, y que así la invasión tendría lugar por el Este. Dudas hubieran podido suscitar las tropas del mariscal Mortier reunidas en torno de Badajoz, á no ser poco numerosas y activas. Pero la fuerza de las tropas congregadas en Salamanca y la actividad desplegada delante de Ciudad Rodrigo no consentían dudar sobre la dirección verdadera de los franceses, y probaban que iban á marchar por el camino de Salamanca á Coímbra, siguiendo el valle del Mondego, camino sobre el cual habían construído los españoles á Ciudad Rodrigo y los portugueses á Almeida, para resistirse unos á otros.

En consecuencia lord Wellingtón con el grueso de sus fuerzas, esto es, con veinte mil ingleses y quince mil portugueses, situóse en Viseo, á la entrada del valle de Mondego. No contando enteramente con la inactividad de los franceses á la parte del Mediodía, entre Badajoz y Elvas, colocó allí al general Hill, su mejor lugarteniente, con seis mil ingleses y diez mil portugueses. Entre ambos y sobre la doble vertiente de la Estrella,

que es continuación de la cordillera de Guadarrama, y que prolongándose de Este á Oeste separa los dos grandes valles del Duero y del Tajo, dispersó algunas milicias para que sirvieran de lazo de sus dos cuerpos principales. Un camino interior, cuya construcción exigió imperiosamente á los portugueses, y que iba del Norte á Mediodía en dirección de Coímbra á Abrantes, le permitía concentrarse rápidamente cuando retrocediera sobre Lisboa. No suponiendo próximo el principio de las operaciones había dejado su caballería junto al Tajo. Su proyecto consistía en vigilar desde Viseo los movimientos de los franceses, en no esperarlos si se adelantaban á darle batalla, en retroceder á su vista hasta hallar una posición fuerte y que por la longitud de la travesía les hubiera cansado mucho, en admitir entonces la lucha teniendo á su favor todas las probabilidades, sin aventurar antes nada por salvar las plazas españolas ó portuguesas, ni por evitar los estragos del enemigo en las provincias de sus aliados. Su resolución incontrastable era subordinarlo todo al buen éxito de la guerra. Hasta había dictado providencias crueles, intiendo á los portugueses bajo pena de la vida que le siguieran cuando se retirara, y que al retirarse lo destruyeran todo, anunciando que él mismo quemaría cuanto no hubieran destruído. Habiendo hecho la regencia de Portugal algunas objeciones á semejante sistema de guerra tan ruinoso para el país, respondió Wellingtón que era menester elegir entre la obediencia á sus mandatos ó la partida de sus tropas; que si no se hacía lo que preceptuaba, tornaría á embarcarse y abandonararía el país á los franceses, los cuales no le tratarían mejor que él de seguro. Callóse de consiguiente la regencia, bien que maldiciendo á este aliado casi tanto como á un enemigo.

Para los franceses el plan que consistía en tomar á Ciudad Rodrigo y luego á Almeida, en crear grandes almacenes, en no emprender la marcha sino con viveres llevados por mulas, era el único practicable, puesto que Wellingtón estaba resuelto á no admitir la batalla que se le diera y á retirarse para que al seguirle pereciéramos de hambre. Aun hubiera sido este plan más juicioso no emprendiendo el sitio de Ciudad Rodrigo hasta reunir todos los medios necesarios, no sólo en viveres, sino en útiles, en artillería gruesa y municiones. Sin embargo, era difícil retardar el sitio más tiempo, sin reducirse á la imposibilidad de empezar la campaña ofensiva á fin de verano; razón por la cual Massena autorizó á Ney para embestir la plaza en los primeros días de junio, aproximando allí el cuerpo de Junot por si intentaban los ingleses perturbar nuestras operaciones. Con su ejercitado tacto había discernido perfectamente Massena el sistema defensivo de su contrario, y cabalmente porque esto fuera lo mejor para nosotros, discurría que lord Wellingtón no avanzaría á darnos batalla en nuestro propio terreno, donde teníamos asegurada la subsistencia. Así, aunque tomara precauciones contra la aparición de los ingleses, no creía que se verificase, y mientras el mariscal Ney iba á emprender el sitio de Ciudad Rodrigo, se quedó en Salamanca para preparar los almacenes del ejército y enviar á las tropas sitiadoras artillería, municiones y útiles de que tenían necesidad suma.

A principios de junio el mariscal Ney embistió á

Ciudad Rodrigo. Se halla situada esta plaza junto al Águeda, riachuelo que nace en la sierra de Gata, la cual forma parte de la Estrella, para desaguar en el Duero. A la sazón corría muy caudaloso este riachuelo por causa de las lluvias. Sobre una altura cortada á pico del lado del Águeda, que la baña al Sur, se alza la ciudad, y defendíala por allí suficientemente el escarpe del lecho del río. Al Este y al Norte domina de igual modo los alrededores, bien que se une á ellos por una cuesta suave que naturalmente le hace accesible por los dos lados; así hacia el Este y el Norte había ya multiplicado sus defensas el arte. Al antiguo recinto de la Edad Media, consistente en un grueso muro flanqueado de torres cuadradas, se había agregado en los tiempos modernos un recinto con bastiones de frentes desiguales, con terraplén y foso revestido por los dos lados. Al Sudeste el arrabal de San Francisco se hallaba flanqueado por bien construidos conventos, que se habían atrincherado y enlazado por medio de obras. Al Noroeste había otro gran convento, el de Santa Cruz, bien defendido y capaz de resistir la artillería. Viejo, pero lleno de saber y energía, era el gobernador de la plaza, el general Herrasti. Advertido por los preparativos de los franceses tomó precauciones sin tasa. Bajo blindajes puso á cubierto los víveres y las municiones con que la plaza estaba abundantemente provista, y revistió con tierra muchos edificios para que aguantaran las bombas. Cuatro mil hombres de guarnición tenía y además una población fanática de seis mil almas, aumentada con hacendados ricos que habían buscado asilo en la plaza para sí y lo que pudieron llevar consigo, y formaron un excelente batallón de milicia de ochocientos hombres. Su artillería era numerosa y estaba bien servida, y se le había unido el bizarro guerrillero don Julián con algunos centenares de jinetes para ayudarle hasta donde pudiese. Todo se hallaba, pues, en Ciudad Rodrigo á punto de oponer larga y vigorosa resistencia.

Aún no había llegado el general Lazowski, jefe de ingenieros; se detuvo el general de artillería Eblé en Salamanca á fin de preparar el material grueso, y así el mariscal Ney se valió de oficiales de ingenieros y de artillería de su cuerpo para dar principio al asedio. Después de consultarles, fijóse muy bien en el verdadero punto de ataque, y eligió el lado del Norte para comenzar los trabajos, esto es, el lado por donde no había más que defensas artificiales que se podían derribar á cañonazos. Como ya se ha dicho, la parte del Mediodía era inaccesible á causa del escarpe del Águeda, pero allí tenía un puente de piedra, y al remate un arrabal no defendido, que se llamaba del Puente: dos puentes de caballetes para el servicio del ejército echó Ney sobre el Águeda algo más arriba de la ciudad, trasladó á la otra margen además de su caballería una brigada de infantería, é hizo tomar este arrabal y el puente de piedra de modo de completar la embestida y de hacer imposibles las comunicaciones con los ingleses.

Tras de estas operaciones preliminares el mariscal hizo comenzar los trabajos de aporche. Al Norte de la plaza se alzaba una ancha meseta, llamada el Teso, á tiro de cañón no corto. Desde aquel terreno elevado se podían descubrir los dos recintos, el moderno bastionado y el antiguo flanqueado de gruesas torres, y en el uno y en el otro había posibilidad de abrir brecha aun á tan

larga distancia. Así se pensaba abreviar mucho los trabajos de sitio y apoderarse de la plaza, no bien fuese practicable la brecha, por uno de aquellos atrevidos ataques de que los soldados de Ney eran más capaces que todos de dar ejemplo.

Atacando los sitiadores por el Norte, sobre el terreno elevado del Teso, tenían á su derecha el convento de Santa Cruz, á la izquierda el gran convento de San Francisco y el arrabal del mismo nombre. En la noche del 15 al 16 de junio, sin hacer caso de la claridad de la luna, se abrió trinchera á quinientos metros de la plaza en la extensión de mil trescientos. Para distraer la atención del enemigo había mandado el mariscal Ney ejecutar un falso ataque hacia el puente de piedra del Águeda y el convento de San Francisco. Gracias á esta doble diversión nos perjudicó poco el fulgor de la luna, pues el enemigo no echó de ver nuestros trabajos hasta que los soldados habían ya cavado tierra bastante para cubrirse de sus fuegos. Sin embargo, tuvimos ochenta hombres fuera de combate, diez muertos y setenta heridos. Se continuaron los días siguientes con actividad las obras de ataque, extendiendo la trinchera por la derecha hacia el convento de Santa Cruz y por la izquierda hacia el convento y el arrabal de San Francisco. Nuestros trabajos probaron á interrumpir los españoles con reiteradas salidas, que no alcanzaban éxito grande contra los soldados del sexto cuerpo: cuantas veces aparecieron delante de nuestras trincheras fueron repelidos á la bayoneta y vueltos á lanzar con no escasas pérdidas á la plaza.

Mucho más daño que las salidas del enemigo nos causaron las lluvias que tras de durar todo el mes de mayo se prolongaron la primera quincena de junio. Hasta sobre la misma altura del Teso hicieron á veces inhabitables nuestras trincheras, y bajo el fuego de los españoles hubo que abrir canales para desecarlas. Habiendo retardado la llegada de la artillería gruesa el mal estado de los caminos, nuestros soldados se veían obligados á trabajar sin la protección de los cañones. Ney suplió esta falta formando para mientras durara el sitio seis compañías de los mejores tiradores de sus tropas, y distribuyéndolos delante de las trincheras en grandes hoyos, que se ahondaron para ponerlos á cubierto, se dispusieron de modo que dieran cabida á tres hombres con víveres y cartuchos para veinticuatro horas. Desde este abrigo nuestros tiradores hacían tal fuego sobre los artilleros enemigos que disminuyeron mucho para nosotros el inconveniente de trabajar ante una artillería que no era contestada por otra.

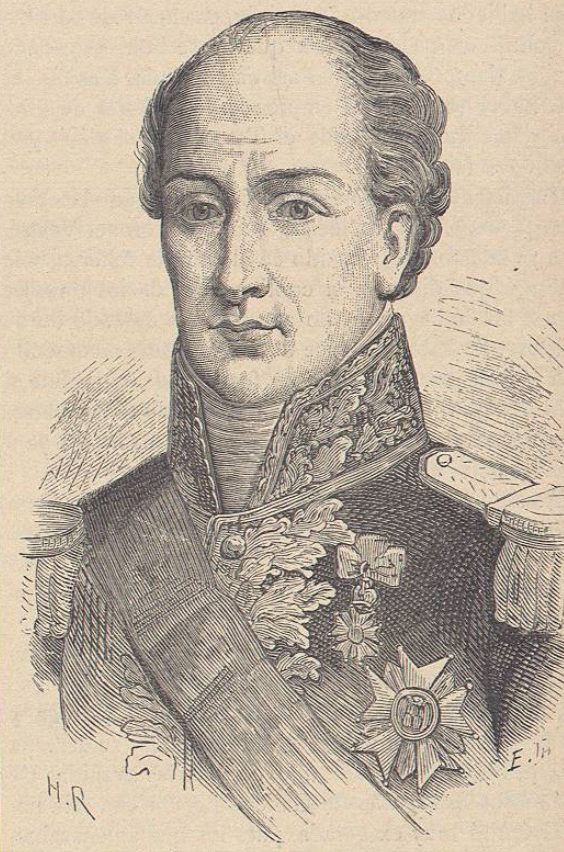
Adelantados ya bastante los trabajos de la trinchera, y prevenido el lugar de cada una de las baterías, se comenzaron á colocar allí cañones, parte de los cuales habían llegado, sólo del calibre de 12 y 16, quedando aún detrás los de á 24. Hallándose las obras de avance á tal punto, Ney y los oficiales de ingenieros de su cuerpo fueron de parecer de apoderarse del convento de Santa Cruz, que por su posición molestaba mucho la derecha de nuestro ataque. De consiguiente, en la noche del 21 al 22 de junio trescientos granaderos, formados en dos columnas, fueron lanzados contra el convento: una á las órdenes del capitán de ingenieros Maltzen con veinte zapadores armados de sacos de pólvora debía procurar introducirse por una puerta situada á la espal-

da, mientras con otra el capitán de infantería François atacaría por el frente. Ya de noche, las dos columnas avanzaron con osadía. Maltzen con el auxilio de sacos de pólvora hizo saltar una puerta, después otra, y fué á dar la mano á François, lanzado contra el convento en derechura. Habiendo transpuesto las tapias exteriores ambos, persiguieron á los españoles que, viendo forzadas las puertas, se acogieron á las partes más retiradas y más altas del edificio. A la cabeza de sus soldados y bajo un mortífero fuego recibieron los capitanes Maltzen y François heridas mortales; más lejos de retroceder sus valientes, siguieron disputando palmo á palmo el convento á los españoles furiosos. Por entre una granizada de balas fué el capitán de ingenieros Treusselt á colocar al pie de una de las paredes un barril de pólvora que produjo una explosión horrorosa sin abrir brecha, y no teniendo otro recurso trató de prender fuego. De aquí provino una escena espantosa, como que varios españoles perecieron entre las llamas, bien que los demás apagaron el incendio y se mantuvieron firmes sobre algunos puntos de los humeantes escombros. De esta suerte poseíamos la mitad del convento y guardaron la otra mitad los españoles. Siendo evidente que la constancia de nuestros soldados no podía suplir á la artillería contra espesos muros, aplazóse el remate de esta conquista para cuando se pudiera abrir brecha.

A este tiempo el general en jefe llegó al campo de los sitiadores el 24 de junio por la tarde. Después de ver y aprobar los trabajos apresuró sobre manera el establecimiento de las baterías para que se tirara á abrir brecha al punto. Al día siguiente 25 empezó el cañoneo por la mañana. Cuarenta y seis bocas de fuego, disparando unas de derecha á izquierda á fin de batir de revés las fortificaciones de la plaza, jugando las otras de frente para derribar el muro del recinto, causaron muy grandes destrozos en las obras de los contrarios. Vióse que saltaban muchos depósitos de municiones, al par que estallaba el incendio en algunas casas y que el coronamiento de ambos recintos rodaba á los fosos. No obstante, la artillería de la plaza respondió á la nuestra y hasta nos hizo algunos estragos, desmontándonos muchas piezas y dejando buen número de artilleros fuera de combate. Todo el día 26 duró el fuego, y ya trataron los sitiadores de desembarazarse del convento de Santa Cruz que, aun cuando conquistado en parte, siempre molestaba la derecha de nuestras trincheras, por lo cual hubo empeño de ganarlo definitivamente. Trescientos granaderos se arrojaron á la empresa por una abertura que practicaron nuestros zapadores de ingenieros, y desalojaron de allí á los españoles, ya obligados de consiguiente á acogerse al recinto de la plaza. A la izquierda procuróse hacer otro tanto con el convento de San Francisco, pero enlazado al arrabal del mismo nombre, formaba un conjunto de obras que no permitía que se improvisara el ataque, y hubo que renunciar á la tentativa.

Entretanto no se interrumpió nuestro fuego, bien que al mariscal Massena le pareciera poco nutrido y se quejara de los oficiales del sexto cuerpo, de cuyas resultados mandó imperiosamente al general Eblé tomar el mando directo de la artillería. Este fué un nuevo disgusto para el mariscal Ney, que cuidaba mucho de ir contando todos los que sufría evitables ó inevitables. Algunos

cambios introdujo el general Eblé en la disposición de las baterías, consiguió hacer más destructores nuestros fuegos, y ya el día 28, merced á sus afanes, los dos recintos, que por la situación dominante del Teso se pudieron batir desde larga distancia, no presentaron más que ruinas que cegaban el foso. A juzgar desde el punto de embestida eran practicable las dos brechas, y así el mariscal Massena quiso inmediatamente dar el asalto, porque la acumulación de las tropas sobre terreno tan ingrato las exponía á enfermedades, y porque los ingleses, á pesar de la inverosimilitud de que se arrojaran á



El general Eblé

una operación ofensiva, habían cruzado el Coa, riachuelo paralelo al Águeda, y amenazaban aproximarse. Intimóse la rendición al general Herrasti diciéndole que harto había hecho por su honra; que no podía abrigar la presunción de detener junto á una brecha la bravura del ejército de Portugal, y que si se obstinaba en la defensa se exponía á que su guarnición pereciera pasada á cuchillo.

Con efecto, ya empezaban á flaquear los soldados, pero los frailes seguían excitando al pueblo, y también se oponían á la entrega de la plaza los refugiados del país que allí habían llevado consigo lo más precioso. Una circunstancia favorecía su propósito de resistencia. Habiendo sido abierta la brecha de lejos, antes de llevar los franceses hasta el borde del foso sus trabajos de aporche, estaba intacta la parte del muro opuesto á la plaza á que se da el nombre de contraescarpa.

Por consecuencia de esto, la brecha, ya practicable hacia el lado de la ciudad, no lo estaba hacia el lado del campo, no pudiendo saltar al foso para subir al asalto sino precipitándose desde la altura de un muro,

Y empeñado el general Herrasti, no por fanatismo, sino por honor militar, en llenar su deber de la manera más cumplida, hizo valer esta circunstancia para desechar la intimación del mariscal Massena, y despachó á lord Wéllington un emisario á fin de suplicarle que acudiera en su ayuda.

Esta resistencia inesperada desazonó grandemente á Massena. Congregados su estado mayor y el del mariscal Ney de resultas, disputóse como de costumbre sobre la causa del contratiempo y se la achacaron unos á otros. Para excusarse los oficiales del sexto cuerpo expresaron que se había querido ir demasiado aprisa, y que habiendo tratado de abrir brecha antes de derribar la contraescarpa, acontecía que no se hubiese ganado mucho tiempo. Razón les asistía sin duda, mas ello es que había que tornar á emprender los trabajos de aporche y que dirigirlos desde el Teso hacia el glacis y el borde del foso.

Impacientado el general en jefe eligió en el octavo cuerpo un oficial de mérito sumo, el coronel Valazé, que ya se había distinguido en el sitio de Astorga, y le encargó que dirigiera la continuación de los trabajos con el fin de llegar cuanto antes al tan deseado borde del foso. Se habló de doce días, y Massena recomendó con grande instancia que no fueran más que siete u ocho los que se invirtieran en dar cima á las obras, pues los víveres escaseaban de manera que estaba ya á media ración el sexto cuerpo.

A este punto llegaba el sitio cuando hubo una falsa alarma, que retardó la concentración del octavo cuerpo sobre la derecha del sexto, concentración que era más de desear cada día á causa de la proximidad de los ingleses.

El movimiento de la alarma y del retraso fué la noticia llegada de que un destacamento de tropas inglesas, desembarcado en la Coruña, atacaba á Astorga, y así el general Junot vióse obligado á alargar su derecha para proteger esta plaza, que cerraba las avenidas de León á los *insurgentes* de Galicia. Por fortuna esta noticia resultó muy exagerada, pues los que amenazaban á Astorga eran gallegos con uniformes encarnados de que les habían provisto los ingleses. Pronto fueron reconocidos y rechazados, y pudo por fin el octavo cuerpo ir sobre la derecha del sexto situándose en San Felices.

A la verdad esta concentración, dictada por la prudencia, era menos urgente de lo que se había creído. Lord Wéllington había avanzado hasta las márgenes del Coa, mas rehusaba dar batalla. En vano los emisarios de Herrasti llegaron á estrecharle para que socorriera á Ciudad-Rodrigo; en vano el marqués de la Romana fué desde Badajoz para suplicarle que interrumpiera las operaciones de los franceses, pues respondió que sin dar batalla no se podía salvar la fortaleza española, y que estaba firmemente resuelto á no arriesgar la suerte del ejército inglés por conservar una plaza casi perdida. Esta dura respuesta, aunque apoyada en razones muy juiciosas, desesperó á los españoles, y les encolerizó contra el que llamaban frío egoísmo de los ingleses.

Casi estaban ya terminadas las nuevas obras dispuestas por Massena, bien que habiendo costado los diez ó doce días fijados al principio, y así fué que, á pesar de los esfuerzos del coronel Valazé, no se pudo llegar al borde del foso hasta el 5 ó el 6 de julio. Aun cuando

el general Simón se había apoderado á la bayoneta y con singular bravura del convento y del arrabal de San Francisco, para dejar expedita la izquierda de nuestras trincheras, no apareció decaída de aliento la plaza, y fué menester llegar á la contraescarpa por continuos caracoleos y bajo un fuego que no aflojaba nunca. Por último, para atacarla, se entró en galería cubierta la noche del 6 al 7 de julio, y al día siguiente se puso fuego á una mina de 400 kilogramos de pólvora que, al estallar, derribó la mampostería sobre el foso. Por desgracia el coronel Valazé, herido en la cabeza por una granada mientras dirigía los trabajos, quedó por muerto algunas horas; mas no por esto se interrumpió el designio y en breve estuvo practicable la brecha por los dos lados del foso, esto es, á la bajada y á la subida.

Todo lo dispuso el general en jefe el 9 de julio para el asalto. Aún ordenó que la artillería se preparara á la última jornada de fuego con el fin de allanar más las brechas y de destruir la artillería de la plaza. Desde las cuatro de la mañana nuestras baterías, que ascendían ya á doce, empezaron á vomitar sobre la infortunada Ciudad Rodrigo una granizada de balas, bombas y granadas. Al principio respondieron los contrarios con alguna viveza, hasta que de allí á poco su artillería, batienda de frente y de revés á un mismo tiempo hubo de cesar en sus disparos. Ya trabajadas por nuestra artillería las dos brechas sólo presentaban montones de escombros accesibles á la agilidad de nuestras tropas. Entre tres y cuatro de la tarde el arma de ingenieros declaró completamente practicables las brechas, y Massena ordenó el asalto. Dos columnas escogidas formó el mariscal Ney á las órdenes de los generales Simón y Loissón, y colocólas en las trincheras con la música al frente y prontas á desembocar á la primera seña. Según costumbre, pidió algunos hombres que voluntariamente quisieran ir á arrostrar el fuego del enemigo y delante de los dos ejércitos probar la subida de las brechas. En momentos tan solemnes, y sobre todo entre tropas en quienes el sentimiento del honor es vivo, el denuedo llega á su colmo; así se necesitaban tres hombres y se presentaron hasta ciento. Ney envió á la brecha á los llamados Thirión, cabo de granaderos, Bombois carabiniero, y Billeret cazador. Estos tres bizarros individuos treparon á paso de carrera á la brecha del primer recinto, después á la del segundo, y ya en lo alto hicieron fuego al grito de ¡viva el emperador! Ilesos volvieron y entre las aclamaciones de todas las tropas. Ney dió la señal entonces. Hasta el pie de la primera brecha se lanzaron las dos columnas, y cuando se aprestaban á transponerla, vióse alzada bandera blanca en signo de rendición sobre la segunda. A tratar se presentó un anciano de venerables canas, el general Herrasti, avisándose con el mariscal Ney en las mismas ruinas de sus murallas, y allí discutieron las condiciones de la capitulación juntos. Ney le estrechó la mano como á un valiente, le concedió los honores de la guerra por lo brillante de la defensa, y permitió que los oficiales españoles conservaran la espada y los soldados la mochila. Acordadas estas condiciones entraron nuestras tropas en la plaza, donde penetró por la brecha el general Loissón con sus columnas de asalto, entrando el resto del sexto cuerpo por las puertas de la ciudad entregadas inmediatamente á nuestras tropas.

Y era tiempo fuese vencida esta larga resistencia, porque nuestros soldados empezaban á carecer de lo preciso. Dentro de Ciudad Rodrigo se hallaron menos recursos que se había esperado: con todo, se recogieron harinas, galletas, carne salada, líquidos, y en suma con que mantener al ejército aquellos días: se hallaron también más de cien bocas de fuego, muchos cartuchos, pólvora y fusiles ingleses: se hicieron tres mil quinientos prisioneros, pues la guarnición había perdido cerca de quinientos hombres. A nosotros no nos costó menos de mil doscientos, de los cuales cien muertos y mil cien heridos, algunos de gravedad suma, como generalmente casi todos los que lo son en los asedios. Desgraciadamente, viniendo los calores sin intermisión tras las lluvias, nos causaron gran número de enfermos, no bajando de tres á cuatro mil los que ya había.

Este primer acto de la campaña de Portugal salió bien. A pesar del espíritu indócil de los jefes y de la indisciplina engendrada por la miseria, las tropas acreditaron la bizarría acostumbrada: delante del enemigo todo se podía aguardar de ellas. El coronel Valazé reparó las primeras faltas cometidas en la dirección de los trabajos, y si no se superó antes la resistencia de los españoles, fué cabalmente por haberlas querido superar harto pronto, pues la historia de la guerra de sitios prueba que el trabajo que se quiere economizar, siendo preciso, hay que ejecutarlo más tarde con mayor pérdida de tiempo y de hombres.

Tomada Ciudad Rodrigo había que atacar á Almeida; mas ahora Massena estaba resuelto á no atropellar nada y á no perder tiempo á fuerza de querer ahorrarlo. Ciudad Rodrigo cayó el 9 de julio: no se podían empezar las operaciones ofensivas hasta el final de los calores, es decir, hasta el mes de septiembre. Se contaba, pues, con los meses de julio y agosto para sitiar á Almeida, y así determinó volver en persona á Salamanca para acabar de formar los almacenes, de reunir medios de transporte, y de crear un parque de artillería gruesa más completo que el de que se sirvió contra Ciudad Rodrigo. Por mejor fortificada y artillada que esta plaza se reputaba la de Almeida, y no quería emprender su sitio hasta juntar los medios de llevarlo á pronto remate.

Antes de abandonar á Ciudad Rodrigo dispuso que se repararan las brechas y se pusiera en estado de defensa la plaza. Dentro de sus muros se hallaban los hacendados más ricos de la comarca: Massena les impuso una contribución de 500.000 francos, de que tenía grande urgencia para pagar los gastos de las armas de artillería y de ingenieros; y acto continuo regresó á Salamanca, donde durante su ausencia las cosas más apremiantes habían hecho escasos progresos, no porque sus agentes pecaran de inactivos, sino porque les faltaba autoridad para remover las dificultades. Por consecuencia de la concentración en Ciudad Rodrigo, sus tropas fueron reemplazadas en León por las del general Kéllermann y en Valladolid por las de la guardia, y sus jefes no le querían hacer entrega de las contribuciones recaudadas en nombre del ejército de Portugal. Un acto de autoridad se requería para asegurar el ingreso de las sumas que pertenecían á estas tropas, y Massena no tuvo más arbitrio que el de forzar las cajas de los pagadores para extraer de ellas los fondos indebidamente depositados. Repugnancia tenía Massena de

mezclarse en asuntos de esta clase desde las rudas lecciones que Napoleón le dió en Italia, y esta violación imprescindible de las cajas de la pagaduría fué á sus ojos una nueva causa de disgusto. Resignóse á ella sin embargo, y gracias á lo que obtuvo por este medio, gracias á una remesa de fondos de París, pudo satisfacer algunos meses de sueldo atrasado, bien que no alcanzara á pagarlo todo. Tres meses de salario se quedaron debiendo aún al segundo cuerpo y dos al sexto y al octavo. Después logró Massena juntar granos, bueyes, mulas, pollinos sobre todo, y pudo tener la esperanza de entrar en Portugal con víveres para veinte días, mitad repartidos á los soldados en raciones, llevándolas cada uno, y mitad en acémilas; todo tras de dejar á Ciudad Rodrigo y Almeida abastecidas por algunos meses. Además reunió unas sesenta piezas de artillería gruesa, y encaminólas de Ciudad Rodrigo á Almeida. Estando ya maduras las mieses se proporcionó en el país hoces é hizo que las segaran los cuerpos sexto y octavo, tarea que no desagradaba al soldado y que le había de valer gran abundancia, pues aquel año era magnífica la cosecha en España. Por desgracia la mitad de las tierras no estaban sembradas, ó habían sido ya devastadas para dar forraje á los caballos. Con todo, lo que todavía quedaba debía proporcionar además de la actual subsistencia, un útil complemento para los almacenes.

Durante este tiempo dispuso el general en jefe que se procediera á la acometida de Almeida. Adelantándose había Ney con el sexto cuerpo, seguido del octavo, para arrollar á los ingleses sobre el Coa, riachuelo que, como el Águeda, corre de la sierra de Gata ó de la Estrella al Duero, pasando á tiro de cañón de Almeida. Esta plaza se halla situada á la derecha del Coa, y por consiguiente, hacia donde estábamos nosotros. Persistiendo lord Wéllington en su inmovilidad, á pesar de los gritos de maldición de los españoles, irritados hasta el extremo de no comunicarse con él para nada, estaba acampado en Alberca, sobre el declive de las alturas que forman el recinto del valle de Mondego, y desde allí observaba fríamente lo que pasaba. Sólo tenía una vanguardia de sus tropas ligeras á la derecha del Coa, á las órdenes del general Crawford, y fuerte de seis mil infantes y unos mil jinetes. El general en jefe previno al mariscal Ney que se alejara de esta vanguardia, y que le avisara sin demora si los ingleses parecían dispuestos á hacer cara, lo cual no hubiera concordado con su actitud de entonces. Viendo acercarse el momento de las operaciones ofensivas, prescribió á Reynier que pasara el Tajo con el segundo cuerpo y fuera á tomar posición al otro lado de la gran cordillera que, según se ha dicho, se llama Guadarrama entre Segovia y Madrid, sierra de Gata entre Ciudad Rodrigo y Alcántara, y de la Estrella cuando penetra en Portugal. Mandó tener sus avanzadas hacia Alfayates y Sabugal, junto al desfiladero de las montañas, sin abandonar aún á Coria para observar el valle del Tajo.

Los calores y los trabajos del último sitio habían fatigado sobre manera al sexto cuerpo y reducido al hospital á muchos de sus soldados. Por esto el mariscal Ney hubiera querido ir á buscar fresca en la parte montuosa de la comarca, y aguardar allí descansando el fin de los calores para operar durante el otoño con-